

LEER **EN** **B**ICICLETA

PÁGINAS DE ANIMACIÓN A LA LECTURA

FOTO: ANDREAS FEININGER

**Sólo quien carga el cajón
sabe lo que pesa el muerto.**

Refrán mexicano

DE LA DISCORDIA

I maginaos

la Tierra sin montañas, el mar sin olas, el cielo sin estrellas, la flor sin colores. Imaginaos a todas las aves vistiendo el mismo plumaje, a todos los insectos ostentando la misma forma y color. Imaginaos las llanadas sin un repliegue, sin un accidente; arenas y guijarros aquí, guijarros y arenas allá, arenas y guijarros por todas partes; ni un árbol, ni un yerbajo; nada que trunque la monotonía del paisaje, nada que interrumpa la uniformidad del cuadro; ni un arroyo que murmure, ni un pájaro que cante, ni una brisa que recuerde que hay movimiento, que hay acción. Imaginaos, por último, a la humanidad, sin pasiones, teniendo todos los mismos gustos, pensando todos del mismo modo, y decid si no sería preferible morir de una vez a sufrir la prolongada agonía, que no otra cosa sería el vivir en tales condiciones.

El orden, la uniformidad, la simetría parecen más bien cosas de la muerte. La vida es desorden, es lucha, es crítica, es desacuerdo, es hervidero de pasiones. De ese caos sale la belleza; de esa confusión sale la ciencia; de la crítica, del choque, del desorden, del hervidero de pasiones surgen radiantes como ascuas, pero grandes como soles, la verdad y la libertad. La discordia, he ahí el grande agente creador que obra en la naturaleza. Las acciones y las reacciones en la materia inorgánica y en la orgánica, generadoras de movimiento, de calor, de luz, de belleza, ¿qué son sino obra de la Discordia? Rompiendo la monotonía de las substancias simples, la Discordia acerca unas a las otras, las mezcla, las combina, las desmenuza y las lleva de un lugar a otro: el hierro que duerme en las entrañas de la tierra es el mismo que arde al atravesar la atmósfera terrestre en la forma de aerolito, el que enrojece los labios de una mujer y el que brilla en la hoja de un puñal; el carbono que se presenta negro en los tizones apagados es el mismo que se ostenta verde y bello en las hojas de las plantas, límpido como una gota de rocío en el diamante, tibio y acariciador en el aliento de la mujer amada. Todo lo transforma la Discordia: disuelve y crea, destruye y esculpe.

RICARDO FLORES MAGÓN
(México, 1874-1922)

Fragmento del libro: *Ricardo Flores Magón, Antología*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. Introducción y selección de textos: Gonzalo Aguirre Beltrán.

CÁRCEL

ELENA GARRO
(México, 1920-1998)

Para leer: Elena Garro, Testimonios sobre Mariana, Porrúa, México, 2006.

DE MUJERES

Un grito —¡levántense!— y el sonido estridente de un silbato me despertaron. Me incorporé, como entre sueños; la luz de los focos daba una luz mortecina, de madrugada triste; hacía un frío intenso y el aire, húmedo y helado, se colaba libremente a través de las ventanas del dormitorio. Eran las cuatro de la mañana y afuera la obscuridad era completa. En silencio y medio adormiladas aún, con los ojos hinchados, las cabezas revueltas y las voces todavía contagiadas de la sombra del sueño, sesenta y siete muchachas tiritaban de frío, mientras tendían camas, trapeaban suelos o limpiaban el dormitorio, [...]

Una vez que estuvimos en el baño empezó una gran algarazara. Las muchachas se desnudaban jubilosamente y se lanzaban a las regaderas de agua helada con un valor admirable. —¡Báñate, güera!— me decían. El agua nos caía como una puñalada; temí morir de una pulmonía. Ellas, familiarizadas, se paseaban desnudas y se vestían lentamente, sin temor al frío y sin ningún pudor; algunas se cruzaban miradas coquetas y provocativas. Empecé a notar algo raro en el ambiente; algo raro y flotante, vago, que yo no podía saber y que las obligaba a ser reservadas conmigo. Por un momento pensé preguntar. Pero, ¿qué preguntaría? ¿Cómo dar forma a lo que ni siquiera era un pensamiento, ni una sospecha, sino la sensación de algo repelente y prohibido? Además, Lola no me permitía ningún diálogo. Nos vestimos y salimos a un segundo patio, donde nos formaron para ir al comedor. Allí tuve tiempo para mirarlas con más calma; el júbilo del baño las había abandonado y charlaban en voz baja, disputando muchas veces. Me llamaron la atención unas pobres muchachas embarazadas, que se movían pesada, torpe y tristemente. ¡Dolorosa maternidad, en un reformatorio! Había otras, metidas en costales, no sabría si grotescas o lastimosas. Quizás ambas cosas. Lola se me acercó y me llamó aparte: —No te vayas a juntar con Manuela. Es una pelada y está prohibido hablarle.

—¿Quién es Manuela?

—Ésa que te está viendo.

Aquel patio era el patio de las intrigas y llegué a tenerle antipatía. Era imposible que vivieran cuatrocientas mujeres en paz; se insultaban continuamente y se mantenían a raya unas a otras como de potencia a potencia. Todas aquellas disputas transcurrían en voz baja y de una manera solapada, pues las ce-ladoras permanecían a distancia, vigilando. Cada vez que discutían dos, se formaban pequeños bandos, que participaban con gran ardor en la pelea y que, rápidamente, se subdividían hasta el infinito, porque cada quien se creía poseedora de una razón que, para el resto, era impre-sionable. Cada intriga se ramificaba y producía las más inesperadas consecuencias y alcanzaba a las más distantes y ajenas.

Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto. Se hallaba echado sobre el duro caparazón de su espalda, y, al alzar un poco la cabeza, vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, que estaba visiblemente a punto de escurrirse hasta el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia.

—¿Qué me ha sucedido?

No soñaba, no. Su habitación, una habitación de verdad, aunque excesivamente reducida, aparecía como de ordinario entre sus cuatro harto conocidas paredes. Presidiendo la mesa, sobre la cual estaba esparcido un muestrario de paños —Samsa era viajante de comercio—, colgaba una estampa ha poco recortada de una revista ilustrada y puesta en un lindo marco dorado. Representaba esta estampa una señora tocada con un gorro de pieles, envuelta en un boa también de pieles, y que, muy erguida, esgrimía contra el espectador un amplio manguito, asimismo de piel, dentro del cual desaparecía todo su antebrazo. Gregorio dirigió luego la vista hacia la ventana; el tiempo nublado (se sentía repiquetear en el zinc del alféizar las gotas de lluvia) le infundió una gran melancolía.

—Bueno —pensó—; ¿qué pasaría si yo siguiese durmiendo un rato y me olvidase de todas las fantasías? Mas era esto algo de todo punto irrealizable, porque Gregorio tenía la costumbre de dormir sobre el lado derecho, y su actual estado no le permitía adoptar esta postura. Aunque se empeñaba en permanecer sobre el lado derecho, forzosamente volvía a caer de espaldas. Mil veces intentó en vano esta operación; cerró los ojos para no tener que ver aquel rebullicio de las piernas, que no cesó hasta que un dolor leve y punzante al mismo tiempo, un dolor jamás sentido hasta aquel momento, comenzó a aquejarle en el costado.

—¡Ay, Dios! —se dijo entonces—. ¡Qué cansada es la profesión que he elegido! Un día sí y otro también de viaje. La preocupación de los negocios es mucho mayor cuando se trabaja fuera que cuando se trabaja en el mismo almacén, y no hablemos de esta plaga de los viajes: cuidarse de los enlaces de los trenes; la comida mala, irregular; relaciones que cambian de continuo, que no duran nunca, que no llegan nunca a ser verdaderamente cordiales, y en que el corazón nunca puede tener parte. ¡Al diablo con todo! Sintió en el vientre una ligera picazón. Lentamente, se estiró sobre la espalda, alargándose en dirección a la cabecera, a fin de poder alzar mejor la cabeza. Vio que el sitio que le escocía estaba cubierto de unos puntitos blancos, que no supo explicarse. Quiso aliviarse tocando el lugar del escozor con una pierna; pero hubo de retirar esta inmediatamente, pues el roce le producía escalofríos.

FRANZ KAFKA
(1883-1924)

Para leer: Franz Kafka, *La metamorfosis*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.

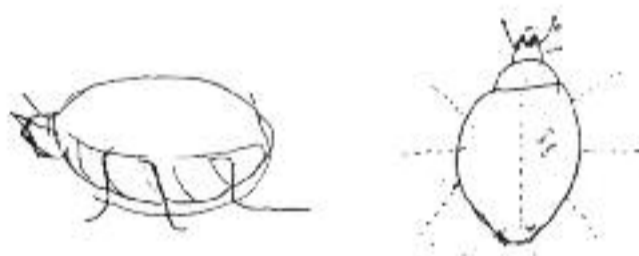
LA METAMORFOSIS



El protagonista de *La metamorfosis* es Gregor Samsa, hijo de unos padres de clase media de Praga, filisteos flaubertianos, sólo interesados en el aspecto material de la vida, en suma, unos seres de gustos vulgares. Unos cinco años antes, el viejo Samsa había perdido gran parte de su fortuna, por lo que su hijo Gregor se vio obligado a colocarse en la empresa de uno de los acreedores del padre, y convertirse en viajante. Su padre entonces dejó de trabajar, su hermana Grete era demasiado joven para hacerlo, y su madre estaba enferma de asma. De modo que Gregor no sólo sostiene a la familia entera, sino que también les ha buscado el piso en el que ahora viven. Este piso, uno de tantos de un edificio de apartamentos, situado en Charlottestrasse para ser exactos, está dividido en segmentos, como se dividirá él mismo más tarde. Estamos en Praga, Europa central, en el año 1912; el servicio está barato, de forma que los Samsa pueden permitirse tener una doncella, Anna, de dieciseis años (un año más joven que Grete) y una cocinera. Gregor está casi todo el tiempo fuera, viajando; pero al iniciarse el relato, se encuentra pasando la noche en casa, entre dos viajes de negocios; y entonces sucede algo espantoso.

Ahora veamos: ¿cuál es exactamente el “bicho” en que el pobre Gregor, el oscuro viajante de comercio, se ha convertido de repente? Por supuesto, es de la especie de los artrópodos, a la que pertenecen las arañas, los ciempiés y los crustáceos. Si las “numerosas patitas” a que alude al principio son más de seis, entonces Gregor no sería un insecto desde el punto de vista zoológico. Pero supongo que un hombre que se despierta tumbado de espaldas y descubre seis patas agitándose en el aire puede imaginar que son suficientes como para decir “numerosas”. Por tanto, supondremos que Gregor tiene seis patas, y es un insecto.

La siguiente cuestión es: ¿qué insecto? Los comentaristas dicen que una *cucaracha*; pero esto, desde luego, no tiene sentido. La cucaracha es un insecto plano de grandes patas, y Gregor es todo menos plano: es convexo por las dos caras, la abdominal y la dorsal, y sus patas son pequeñas. Se parece a una cucaracha sólo en un aspecto: en su color marrón. Aparte de esto, tiene un tremendo vientre convexo, dividido en dos segmentos, con una espalda dura y abombada que sugiere unos élitros. En los escarabajos, estos élitros ocultan unas finas alitas que pueden desplegarse y transportar al escarabajo por millas y millas de torpe vuelo. Aunque parezca extraño, el escarabajo Gregor no llega a descubrir que tiene alas bajo el caparazón de su espalda (ésta es una observación más que quiero que atesoréis toda vuestra vida. Algunos Gregorios, algunos Pedros y Juanes, no saben que tienen alas). Además posee fuertes mandíbulas. Utiliza estos órganos para darle vuelta a la llave en la cerradura, erguido sobre sus patas traseras, sobre el tercer par (un fuerte par de patas), lo que nos da una idea de la longitud de su cuerpo: unos tres pies. En el transcurso del relato, se acostumbra poco a poco a utilizar sus nuevos apéndices: sus patas y sus antenas. Este escarabajo marrón, convexo, del tamaño de un perro, es ancho. Yo lo imaginaría así:



En el texto original alemán la vieja asistenta le llama *Mistkäfer*, “escarabajo pelotero”. Es evidente que la buena mujer añade el epíteto con intenciones amistosas. Técnicamente, no es un escarabajo pelotero. Es sólo un escarabajo grande (debo añadir que ni Gregor ni Kafka lo ven con excesiva claridad).

Examinemos más de cerca la transformación. El cambio, aunque tremendo y horroroso, no es tan singular como podría suponerse a primera vista. Un comentarista apegado al sentido común (Paul L. Landsberg, en *The Kafka Problem* 1946; ed. Ángel Flores) explica que “cuando nos acostamos en una cama rodeados de un ambiente extraño, tenemos propensión a experimentar un momentáneo desconcierto al despertarnos, una súbita sensación de irrealidad; experiencia que debe acontecerle una y otra vez a un viajante de comercio, ya que esta forma de vida le impide adquirir un sentimiento de continuidad”. La sensación de realidad depende de la continuidad, de la duración. Al fin y al cabo, despertar como insecto no es muy distinto de despertar como Napoleón o como George Washington (yo he conocido a un hombre que se despertó creyendo que era el emperador de Brasil). Por otro lado, el aislamiento y la extrañeza ante la llamada realidad son en definitiva características constantes del artista, del genio, del descubridor. La familia Samsa que rodea al insecto no es otra cosa que la mediocridad que rodea al genio.

VLADIMIR NABOKOV

(1899-1977)

Tomado de: Vladimir Nabokov, *Curso de literatura europea*, Ediciones B, Barcelona, 1987.



KAFKA

—A veces, el destino se parece a una pequeña tormenta de arena que cambia de dirección sin cesar —dice Cuervo.

A veces, el destino se parece a una pequeña tormenta de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo pero la tormenta te persigue. Vuelves a cambiar de rumbo, pero la tormenta ajusta su trayectoria. Esto se repite una y otra vez, como si se tratara de una macabra danza con la muerte justo antes del amanecer. ¿Por qué? Porque la tormenta no es algo que venga de lejos, algo que no guarde relación contigo. La tormenta eres tú. Es algo dentro de ti. Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir cruzándola paso a paso. Y en su interior no hay sol, ni luna, ni dirección, ni siquiera existe el tiempo. Apenas una arena blanca y fina que se eleva en espiral, como huesos pulverizados. Ese es el tipo de tormenta que tienes que imaginar.

Y eso es exactamente lo que hago. Me imagino un embudo blanco estirándose en vertical hacia arriba, como un grueso cordel. Mantengo los ojos fuertemente cerrados, mis manos cubren mis orejas para que la fina arena no se me meta en el cuerpo. La tormenta se acerca deprisa. Siento la fuerza del viento presionando mi piel. Va a engullirme de un momento a otro.

El chico llamado Cuervo posa con suavidad una mano sobre mi hombro. La tormenta de arena se desvanece.

—De ahora en adelante, sin importar lo que suceda, tendrás que ser el chico de quince años más fuerte del mundo. Sólo así lograrás sobrevivir. Y, para ello, deberás comprender por ti mismo lo que significa ser fuerte de verdad. ¿Entiendes?

Continúo aún con los ojos cerrados y me limito a permanecer callado. Me gustaría hundirme poco a poco en el sueño sintiendo su mano sobre mi hombro. Un tenue aleteo llega a mis oídos.

—Serás el chico de quince años más fuerte del mundo —susurra Cuervo en mi oído mientras me dispongo a dormir. Como si tatuara con tinta azul oscuro estas palabras en mi corazón.

Y en verdad tendrás que cruzar esa violenta, metafísica y simbólica tormenta de arena. Pero no te engañes, por más metafísica y simbólica que sea, te rasgará cruelmente la carne como si de mil cuchillas se tratase. Otros sangrarán ahí, y tú también sangrarás. Sangre caliente y roja. Y esa sangre se verterá en tus manos. Tu sangre y, también, la sangre de los demás.

Y cuando la tormenta haya pasado, no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa es segura. Cuando salgas de ella no serás la misma persona que entró. Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena.

[...]

—Debes querer ser más fuerte, imagino.

—Tienes que ser fuerte para sobrevivir. Particularmente en mi caso.

—Porque estás solo

—Nadie va a ayudarme. Al menos hasta ahora nadie me ha ayudado. Así que tengo que hacerlo por mi cuenta. Tengo que hacerme fuerte, como un cuervo perdido. Por eso me he puesto el nombre **Kafka**. Eso es lo que significa kafka, en checo, cuervo.

—Vaya —dice ella, apenas impresionada—. Así que eres Cuervo.

—Así es —digo.

—Así es —dice el joven llamado Cuervo.

—Debe haber límites para esa forma de vida, sin embargo —dice ella —No puedes utilizar esa fuerza como una muralla protectora a tu alrededor. Siempre habrá algo más fuerte que pueda derribar tu fortaleza. Al menos en principio.

—La fuerza misma termina por convertirse en fortaleza moral.

La señora Saeki sonrío.

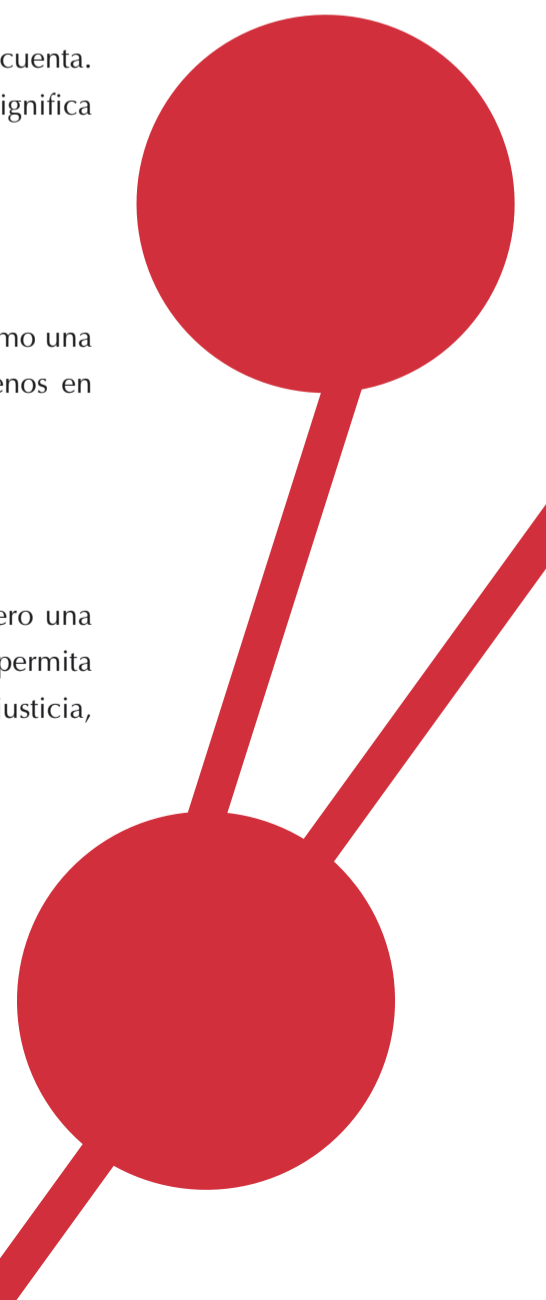
—Aprendes rápido.

—Lo que yo deseo, la fuerza que yo busco, no es aquella que te lleva a ganar o perder. Tampoco quiero una muralla para repeler las fuerzas que lleguen del exterior. Lo que yo quiero es el tipo de fuerza que me permita absorber todo cuanto proceda del exterior, para resistirlo. Fortaleza para resistir en silencio cosas como la injusticia, el infortunio, la tristeza, los errores, las incomprensiones.

HARUKI MURAKAMI

(1949-)

Para Leer: Haruki Murakami, *Kafka en la orilla*, Tusquets, México, 2008.





EL ESCARABAJO SAGRADO

JEAN HENRI
FABRE

Tomado de: Manuel Martínez Baez, *La vida maravillosa de los Insectos*. Contada por J. H. Fabre, El Colegio Nacional, México, 1982.

Contemplemos a los coleópteros estercolarios cumplir su alta misión de expurgar sus inmundicias al suelo. No se cansa uno de admirar la variedad de los instrumentos de que están provistos, ya sea para remover la materia estercoral o para despedazarla, o para darle forma; o bien para excavar profundos retiros donde han de encerrarse con su botín. Tal instrumental es como un museo tecnológico en donde estuvieran representadas todas las herramientas para escarbar. Allí hay piezas que parecen imitadas de las de la industria humana; otras con un tipo original que podría servir de modelo para nuevas combinaciones.

El copris español lleva sobre la frente un cuerno vigoroso, picudo y encorvado hacia atrás, semejante a la rama larga de un zapapico. El copris lunar añade a semejante cuerno dos puntas fuertes talladas como rejas de arado, que brotan del tórax y entre las dos una protuberancia de arista afilada que hace las veces de raedera ancha. El bubas bubal y el bubas bisonte, ambos confinados a las riberas del Mediterráneo, van armados con dos robustos cuernos divergentes en la frente, entre los que avanza una reja horizontal que sale del corselete. El minotauro tifeo lleva en lo anterior del tórax tres puntas de arado paralelas y dirigidas hacia adelante, largas las laterales y corta la mediana. El ontófago toro tiene dos salientes largas y curvas que se parecen a los cuernos del toro; el ontófago ahorquillado posee una horquilla de dos ramas a plomo sobre la cabeza aplanada. El menos aventajado es portador, ya sobre la cabeza o bien sobre el corselete, de tubérculos duros, instrumentos obtusos que la paciencia del insecto sabe utilizar muy bien. Todos están provistos de una pala, es decir, tienen la cabeza grande y aplanada y con borde afilado; todos hacen uso del rastro, o sea que recogen con sus patas anteriores dentadas.

Como recompensa de su inmundicia labor, más de uno de ellos exhala el fuerte aroma del almizcle, y su vientre brilla con el reflejo de los metales pulidos. La geotrupa hipócrita tiene por debajo el brillo del cobre y el del oro; y el vientre de la geotrupa estercolaria es de color violeta amatista, pero, por lo general, su coloración es negra. A las regiones tropicales pertenecen los escarabajos más espléndidamente trajeados, verdaderas joyas vivientes. Debajo de las boñigas del camello, el alto egipcio nos presentaría alguno que rivalizaría con el verde brillante de la esmeralda; Guyana, Brasil, Senegal nos mostrarían algún copris de un rojo metálico, tan rico como el del cobre, tan vivo como el del rubí. Si no poseemos nosotros semejante alhajero de los detritus, los escarabajos de nuestro país no son menos notables por sus costumbres.

¡Qué diligencia en torno de una misma boñiga! Nunca aventureros acudidos de las cuatro esquinas del mundo pusieron fervor igual en explotar un placer californiano. Antes de que el sol haya calentado demasiado están allí por centenas, grandes y pequeños de toda especie, de toda forma, de todo tamaño, apresurándose para cortar su tajada en la torta común. Los hay que trabajan a cielo abierto, rayendo la superficie; otros explotan la capa inferior para hundir sin retardo su botín en el suelo subyacente; los más pequeños desmenuzan aparte algún trozo derribado de las grandes excavaciones de sus más fuertes colaboradores. Los recién llegados, y sin duda los más hambrientos, consumen allí mismo, pero los más de ellos piensan hacerse un haber que les permita pasar largos días con abundancia en el fondo de un retiro seguro. Una boñiga fresca y a buen punto no se encuentra así como quiera en las resacas llanadas del tomillo. Semejante ganga es una bendición del cielo de que disfrutan sólo los favorecidos por la suerte. El tufillo estercoral ha divulgado la buena noticia por un kilómetro a la redonda y todos acuden a recoger sus provisiones. Unos retrasados llegan todavía, a vuelo o pedestremente.



ODA A LAS COSAS

Amo las cosas loca,
locamente.
Me gustan las tenazas,
las tijeras,
adoro
las tazas,
las argollas,
las soperas,
sin hablar, por supuesto,
del sombrero.

Amo
todas las cosas,
no sólo
las supremas,
sino
las
infinita-
mente
chicas,
el dedal,
las espuelas,

los platos,
los floreros.

Ay, alma mía,
hermoso
es el planeta,
lleno
de pipas
por la mano
conducidas
en el humo,
de llaves,
de saleros,
en fin,
todo
lo que se hizo
por la mano del hombre, toda cosa:
las curvas del zapato,
el tejido,
el nuevo nacimiento
del oro
sin la sangre,

los anteojos,
los clavos,
las escobas,
los relojes, las brújulas,
las monedas, la suave
suavidad de las sillas.

Ay cuántas
cosas
puras
ha construido
el hombre:
de lana,
de madera,
de cristal,
de cordeles,
mesas
maravillosas,
navíos, escaleras.

Amo
todas



PABLO NERUDA

(Chile. 1904-1973)

Para leer: Pablo Neruda, *Antología general*, Alfaguara, España, 2010.

las cosas,
no porque sean
ardientes
o fragantes,
sino porque
no sé,
porque
este océano es el tuyo,
es el mío:
los botones,
las ruedas,
los pequeños
tesoros
olvidados,
los abanicos en
cuyos plumajes
desvaneció el amor
sus azahares,
las copas, los cuchillos,
las tijeras,
todo tiene
en el mango, en el contorno,

la huella
de unos dedos,
de una remota mano
perdida
en lo más olvidado del olvido.

Yo voy por casas,
calles,
ascensores,
tocando cosas,
divisando objetos
que en secreto ambiciono:
uno porque repica,
otro porque
es tan suave
como la suavidad de una cadera,
otro por su color de agua profunda,
otro por su espesor de terciopelo.

Oh río
irrevocable
de las cosas,

no se dirá
que sólo
amé
los peces,
o las plantas de selva y de pradera,
que no sólo
amé
lo que salta, sube, sobrevive, suspira.
No es verdad:
muchas cosas
me lo dijeron todo.
No sólo me tocaron
o las tocó mi mano,
sino que acompañaron
de tal modo
mi existencia
que conmigo existieron
y fueron para mí tan existentes
que vivieron conmigo media vida
y morirán conmigo media muerte.

NON SERVIAM

Y he aquí que una buena mañana, después de una noche de preciosos sueños y delicadas pesadillas, el poeta se levanta y grita a la madre Natura: *Non serviam*.

Con toda la fuerza de sus pulmones, un eco traductor y optimista repite en las lejanías: «No te serviré».

La madre Natura iba ya a fulminar al joven poeta rebelde, cuando éste, quitándose el sombrero y haciendo un gracioso gesto, exclamó: «Eres una viejecita encantadora».

Ese *non serviam* quedó grabado en una mañana de la historia del mundo. No era un grito caprichoso, no era un acto de rebeldía superficial. Era el resultado de toda una evolución, la suma de múltiples experiencias.

El poeta, en plena conciencia de su pasado y de su futuro, lanzaba al mundo la declaración de su independencia frente a la Naturaleza.

Ya no quiere servirla más en calidad de esclavo.

El poeta dice a sus hermanos: «Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que imitar al mundo en sus aspectos, no hemos creado nada. ¿Qué ha salido de nosotros que no estuviera antes parado ante nosotros, rodeando nuestros ojos, desafiando nuestros pies o nuestras manos?»

«Hemos cantado a la Naturaleza (cosa que a ella bien poco le importa). Nunca hemos creado realidades propias, como ella lo hace o lo hizo en tiempos pasados, cuando era joven y llena de impulsos creadores.

«Hemos aceptado, sin mayor reflexión, el hecho de que no puede haber otras realidades que las que nos rodean, y no hemos pensado que nosotros también podemos crear realidades en un mundo nuestro, en un mundo que espera su fauna y su flora propias. Flora y fauna que sólo el poeta puede crear, por ese don especial que le dio la misma madre Naturaleza a él y únicamente a él».

Non serviam. No he de ser tu esclavo, madre Natura; seré tu amo. Te servirás de mí; está bien. No quiero y no puedo evitarlo; pero yo también me serviré de ti. Yo tendré mis árboles que no serán como los tuyos, tendré mis montañas, tendré mis ríos y mis mares, tendré mi cielo y mis estrellas.

Y ya no podrás decirme: «Ese árbol está mal, no me gusta ese cielo... los míos son mejores».

Yo te responderé que mis cielos y mis árboles son los míos y no los tuyos y que no tienen por qué parecerse. Ya no podrás aplastar a nadie con tus pretensiones exageradas de vieja chocha y regazona. Ya nos escapamos de tu trampa.

Adiós, viejecita encantadora; adiós, madre y madrastra, no reniego ni te maldigo por los años de esclavitud a tu servicio. Ellos fueron la más preciosa enseñanza. Lo único que deseo es no olvidar nunca tus lecciones, pero ya tengo edad para andar solo por estos mundos. Por los tuyos y por los míos.

Una nueva era comienza. Al abrir sus puertas de jaspe, hincó una rodilla en tierra y te saludo muy respetuosamente.

VICENTE HUIDOBRO

(Chile. 1893-1948)

Para leer: Vicente Huidobro, *Altazor*, Visor libros, Madrid, 1991.





ADVERTENCIA AL LECTOR

El autor no responde de las molestias que puedan ocasionar sus escritos:
Aunque le pese.

El lector tendrá que darse siempre por satisfecho.

Sabelius, que además de teólogo fue un humorista consumado,

Después de haber reducido a polvo el dogma de la Santísima Trinidad

¿Respondió acaso de su herejía?

Y si llegó a responder, ¡cómo lo hizo!

¡En qué forma descabellada!

¡Basándose en qué cúmulo de contradicciones!

Según los doctores de la ley este libro no debiera publicarse:

La palabra arco iris no aparece en él en ninguna parte,

Menos aún la palabra dolor,

La palabra torcuato.

Sillas y mesas sí que figuran a granel,

¡Atáúdes!, ¡útiles de escritorio!

Lo que me llena de orgullo

Porque, a mi modo de ver, el cielo se está cayendo a pedazos.

Los mortales que hayan leído el *Tractatus* de Wittgenstein

Pueden darse con una piedra en el pecho

Porque es una obra difícil de conseguir:

Pero el Círculo de Viena se disolvió hace años,

Sus miembros se dispersaron sin dejar huella

Y yo he decidido declarar la guerra a los *cavalieri della luna*.

Mi poesía puede perfectamente no conducir a ninguna parte:

“¡Las risas de este libro son falsas!”, argumentarán mis detractores

“Sus lágrimas, ¡artificiales!”

“En vez de suspirar, en estas páginas se bosteza”

“Se patalea como un niño de pecho”

“El autor se da a entender a estornudos”

Conforme: os invito a quemar vuestras naves,

Como los fenicios pretendo formarme mi propio alfabeto.

“¿A qué molestar al público entonces?”, se preguntarán los amigos lectores:

“Si el propio autor empieza por desprestigiar sus escritos,

¡Qué podrá esperarse de ellos!”

Cuidado, yo no desprestigio nada

O, mejor dicho, yo exalto mi punto de vista,

Me vanaglorio de mis limitaciones

Pongo por las nubes mis creaciones.

Los pájaros de Aristófanes

Enterraban en sus propias cabezas

Los cadáveres de sus padres.

(Cada pájaro era un verdadero cementerio volante)

A mi modo de ver

Ha llegado la hora de modernizar esta ceremonia

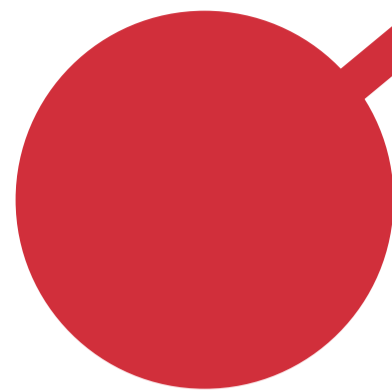
¡Y yo entierro mis plumas en la cabeza de los señores lectores!

NICANOR PARRA

(Chile, 1914-)

Tomado del libro de Nicanor Parra, *Poemas y antipoemas*,
Editorial Cátedra, España, 1988.

EL PÁJARO VERDE



Monsieur le Docteur Guy de la Crotale era un hombre extremadamente sentimental y sus sentimientos estaban ubicados, ante todo, en los diversos pajaritos que pueblan los cielos. De entre todos estos pajaritos, Monsieur le Docteur sentía una marcada preferencia por los loros, de modo que ya instalados todos ellos en Tabatinga, obtuvo de sus colegas el permiso de conseguirse un ejemplar, cuidarlo, alimentarlo y aun llevarlo consigo a su país. Una noche, mientras todos los loros de la región dormían acurrucados, como es su costumbre, en las copas de frondosos sicomoros, el doctor dejó su tienda y, marchando por entre los troncos de abedules, caobillas, dipterocárpeos y cinamomos; pisando bajo sus botas la culantrillo, la damiana y el peyote; enredándose a menudo en los tallos del cinclidoto y de la vincapervinca; y heridas las narices por el olor del fruto del mangachapuy y los oídos por el crujir de la madera del espino cerval; una noche de vaga claridad, el doctor llegó a la base y trepó sigilosamente al más alto de todos los sicomoros, alargó presto una mano y se amparó de un loro.

El pájaro así atrapado era totalmente verde salvo bajo el pico donde se ornaba con dos rayas de plumillas negro-azuladas. Su tamaño era mediano, unos 18 centímetros de la cabeza al nacimiento de la cola, y de ésta tendría unos 20 centímetros, no más. Como este loro es el centro de cuanto voy a contar, daré sobre su vida y muerte algunos datos. Aquí van:

Nació el 5 de mayo de 1821, es decir que en el momento preciso en que rompía su huevo y entraba a la vida, lejos, muy lejos, allá en la abandonada isla de Santa Elena, fallecía el más grande de todos los emperadores, Napoleón I.

De la Crotale lo llevó a Francia y desde 1857 a 1872 vivió en Montpellier cuidadosamente servido por su amo. Mas en este año el buen doctor murió. Pasó entonces el loro a ser propiedad de una sobrina suya, Mademoiselle Marguerite de la Crotale, quien dos años más tarde, en 1874, contrajo matrimonio con el capitán Henri Silure-Portune de Rascasse. Este matrimonio fue infecundo durante cuatro años, pero el año quinto se vio bendecido con el nacimiento de Henri-Guy-Hégésippe-Désiré-Gaston. Este muchacho, desde su más tierna edad, mostró inclinaciones artísticas —acaso transmisión del fino sentimentalismo del viejo doctor— y de entre todas las artes prefirió, sin disputa, la pintura. Así es cómo, una vez llegado a París a la edad de 17 años —por haber sido su padre comandado a la guarnición de la capital— Henri-Guy entró a la Ecole des Beaux-Arts. Después de recibido de pintor, se dedicó casi exclusivamente a los retratos, mas luego, sintiendo en forma aguda la influencia de Chardin, meditó grandes naturalezas muertas con algunos animales vivos. Pasó por sus pinceles el gato de casa entre diversos comestibles y útiles de cocina, pasó el perro, pasaron las gallinas y el canario, y el 1° de agosto de 1906 Henri-Guy se sentaba frente a una gran tela teniendo como modelo, sobre una mesa de caoba, dos maceteros con variadas flores, una cajuela de laca, un violín y nuestro loro. Mas las emanaciones de la pintura y la inmovilidad de la pose, empezaron pronto a debilitar la salud del pajarito, y así es como el 16 de ese mes lanzó un suspiro y falleció en el mismo instante en que el más espantoso de los terremotos azotaba a la ciudad de Valparaíso y castigaba duramente a la ciudad de Santiago de Chile donde hoy, 12 de junio de 1934, escribo yo en el silencio de mi biblioteca.

El noble loro de Tabatinga, cazado por el sabio profesor Monsieur le Docteur Guy de la Crotale y muerto en el altar de las artes frente al pintor Henri-Guy Silure-Portune de Rascasse, había vivido 85 años, 3 meses y 11 días.

Que en paz descanse.

JUAN EMAR

(Chile, 1893-1964)

Para leer: Juan Emar, *Antología esencial*. Editorial Dolmen, Santiago de Chile, 1994.

FOTO: DE LA PELÍCULA PANDO Y LIS DE ALEJANDRO JODOROWSKY



La primera cosa que vino a ayudarme fue la poesía, mi contacto con los poetas de los años cincuenta... Tuve la suerte de nacer en Chile, aunque podría perfectamente haber nacido en otro lugar. Si no hubiera sido por la guerra ruso-japonesa, mis abuelos no habrían emigrado y yo habría nacido seguramente en Rusia. Por otra parte, ¿por qué el barco en que se embarcaron los llevó hasta Chile? Me gusta imaginar que escogemos por adelantado nuestro destino y que nada de lo que nos sucede es fruto del azar. Ahora bien, si no hay azar, todo tiene sentido. Para mí, es mi encuentro con la poesía lo que justifica mi nacimiento en Chile. [...] poetas hay en todas partes. Pero la vida poética, en cambio, es un bien más escaso. ¿En cuántos países existe una atmósfera realmente poética? Sin duda, la antigua China era una tierra de poesía. Pero pienso que, en los años cincuenta, en Chile se vivía poéticamente como en ningún otro país del mundo.

*

Un filósofo que no podía caminar porque pisaba su barba, se cortó los pies.

*

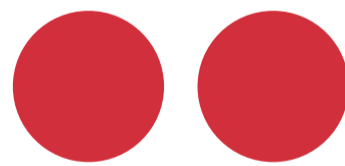
Sólo tenemos los problemas que queremos tener. Estamos amarrados a nuestras dificultades. [...] Salir de nuestras dificultades implica modificar en profundidad nuestra relación con nosotros mismos y con todo nuestro pasado. En esas condiciones, ¿quién está realmente dispuesto a cambiar? La gente quiere dejar de sufrir, pero no está dispuesta a pagar el precio, o sea a cambiar, a no seguir definiéndose en función de sus preciados sufrimientos.

ALEJANDRO JODOROWSKY

(Chile, 1929-)

Fragmento del libro de Alejandro Jodorowsky, *Psicomagia*, Grijalbo, México, 2004.

TRES INTERVENCIONES



DARWIN

ENAMORADO

Ya avanzada su década de los veinte años, Charles Darwin, un hombre aparentemente tímido y nada romántico, decidió que era hora de considerar la posibilidad de casarse. Como relata el psicólogo clínico británico Frank Tallis, la idea no le entusiasmaba en absoluto. Acababa de regresar de cinco años de libertad total en el Beagle, en un viaje alrededor del mundo. En una hoja de papel trazó dos columnas: razones para casarse y razones para no hacerlo. No le costó en absoluto rellenar la segunda columna: tendría menos tiempo para dedicarse a sí mismo, para ir al club de caballeros que frecuentaba, para leer. Darwin añadió en la columna negativa que tendría que perder el tiempo aguantando a los familiares de su futura esposa y que dispondría de menos dinero para sus necesidades. Terminó la columna preguntándose: «¿Cómo podría ocuparme de mis asuntos si cada día me viese obligado a ir a pasear con mi mujer? ¡Oh! No aprendería francés, no viajaría al continente, no iría a América, ni de viaje en globo, ni a caminar en solitario por Gales... pobre esclavo...».

La columna de los beneficios que aportaba el matrimonio le pareció muy difícil de rellenar. Al final sugirió que tener esposa era mejor que «tener un perro». Lo completó con este apunte: «Encantos de la conversación frívola femenina y de la música —cosas buenas para la salud—, pero menuda pérdida de tiempo».

Unos meses más tarde, Darwin se enamoró locamente de su prima Emma Wedgwood. La voz del solterón empedernido se acalló definitivamente; no dormía, estaba desesperado por casarse con su dulce Emma, según recoge la correspondencia que intercambiaron. Su libertad de antaño ya no le importaba; sólo quería estar junto a Emma, que le llenaba de felicidad. «Creo que me vas a humanizar, a enseñar que existe una felicidad mayor que la de tejer teorías y acumular hechos en silencio y soledad.»

El proceso de conversión de soltero escéptico a marido amante siguió tras el matrimonio, que llegó a tener diez hijos. Darwin se alejó de sus actividades anteriores y disfrutó de una vida familiar plena. En las semanas que precedieron a su matrimonio, Darwin apuntó en su diario: «Qué pasa por la mente de un hombre cuando dice que está enamorado... es un sentimiento ciego».

«El amor es ciego» también expresa la naturaleza subconsciente del amor. El amor es, ante todo, un impulso ancestral circunscrito a una parte muy pequeña del cerebro, pero enormemente complejo. Este instinto de fusión con otro organismo influye y se ve influido por el resto del sistema emocional, incluido el interés sexual. Como sentencia Darwin en la expresión de las emociones en humanos y animales, existe una clara conexión entre la teoría evolutiva y la psicología. Las emociones pueden comprenderse en función de su fin o utilidad. Se entiende que el amor, la memoria, el lenguaje, la emoción y la consciencia tienen todas una función, que son a su vez el resultado de millones de años de selección natural.

Una vez conocidas y asumidas las razones evolutivas de ese acontecimiento biológico podremos indagar, con cierto conocimiento de causa, en otros interrogantes evidentes: si el amor es también el resultado de la eficacia con que tiende a funcionar la selección natural y la selección sexual, ¿por qué un instinto tan idóneo para garantizar la supervivencia constituye, al mismo tiempo, una fuente sin fin de problemas y sufrimiento? Si están claras las razones evolutivas del amor, ¿por qué su existencia, simultáneamente, complica tanto la vida de la gente?

EDUARD PUNSET

(Barcelona, 1936-)

Fragmento del libro de Eduard Punset,
El viaje al amor,
Ediciones Destino, Barcelona, 2007.



DULCE ADICCIÓN

En la tienda de cacao nos ofrecen humeantes tasas de chocolate endulzado y sazonado con almendra y canela, al estilo de Oaxaca. Es similar a la bebida que los españoles elaboraban en el siglo XVI cuyo complejo proceso de refinado mantuvieron en secreto durante más de cincuenta años. Pero finalmente el secreto se reveló: en 1650 había chocolaterías en Ámsterdam y Londres, y poco después en toda Europa (en realidad, precedieron a las casas de té y los cafés). El chocolate tuvo un éxito especial en la corte francesa, donde las cualidades afrodisíacas de la bebida fueron muy apreciadas. Madame de Pompadour lo mezclaba con ámbar gris, Madame du Barry se la daba a sus amantes y Goethe no viajaba a ninguna parte sin su chocolatera.

Una magdalena abrió a Proust las puertas de la memoria, al evocarle un mundo de significados y recuerdos personales. Pero aquí, en esta fábrica de chocolate de Oaxaca, en cierto sentido ha sucedido lo contrario: el conocimiento acumulado sobre el chocolate (procedente en parte de mis propias lecturas, en partes de Robbin y en parte del propietario del negocio) parece verterse en la taza de cacao caliente que estoy tomando para darle una dimensión y una hondura especiales.

Me intriga que el chocolate sea objeto de un deseo tan intenso y universal. ¿Por qué se extendió con tanta rapidez por Europa una vez revelado su secreto? ¿Por qué ahora se vende el chocolate en cada esquina, se incluye en las raciones del ejército, se lleva a la Antártida y al espacio exterior? ¿Por qué hay adictos al chocolate y en todas las culturas? ¿Es por esa textura especial, única en su género, la “sensación bucal” del chocolate, que se funde a la temperatura del cuerpo? ¿Es por los suaves estimulantes, cafeína y teobromina, que contiene? La semilla de cola y el guaraná tienen más. ¿Es por la feniletilamina, ligeramente analéptica, euforizante y supuestamente afrodisíaca que contiene el chocolate? El queso y el salami la contienen en mayor cantidad. ¿Es porque el chocolate, con su anandamida, estimula los receptores cannabinoides del cerebro? ¿O tal vez se deba a algo totalmente distinto y aún por descubrir, que podría aportar datos vitales sobre nuevos aspectos de la química cerebral, por no hablar de la estética del gusto?

OLIVER SACKS

(Inglaterra. 1933-)

Fragmento del libro: *Diario de Oaxaca*, National Geographic, EUA, 2008.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DR. ENRIQUE AGÜERA IBAÑEZ
Rector

DR. JOSÉ RAMÓN EGUIBAR CUENCA
Secretario General

DR. JORGE DAVID CORTÉS MORENO
Director de Comunicación Institucional

LEER EN BICICLETA

Director: Hugo Diego.

Diseño: Armando Hatzacorsian.

Jefe de redacción: Elizabeth Flores.

Administración y distribución: Dirección de Comunicación Institucional.

Concepto: El taller de la bicicleta.

Dirección: 4 sur 303, Centro Histórico, Puebla, C.P. 72000.

Tel: (01222) 295500 ext. 5270 y 5281

Correo electrónico: leerenbicicleta@msn.com

Cuidado de edición e impresión: Educación y Cultura. Asesoría y Promoción, S. C. Campeche 351-101, Col. Hipódromo Del. Cuauhtémoc, C. P. 06100 México, D. F.

Registro en trámite.
Los títulos son responsabilidad de la redacción.
Circulación gratuita.

Escribo. Escribo que escribo. Mentalmente me veo escribir que escribo y también puedo verme ver que escribo. Me recuerdo escribiendo ya y también viéndome que escribía. Y me veo recordando que me veo escribir y me recuerdo viéndome recordar que escribía y escribo viéndome escribir que recuerdo haberme visto escribir que me veía escribir que recordaba haberme visto escribir que escribía y que escribía que escribo que escribía. También puedo imaginarme escribiendo que ya había escrito que me imaginaría escribiendo que había escrito que me imaginaba escribiendo que me veo escribir que escribo.

EL GRAFÓGRAFO

SALVADOR ELIZONDO

(México, 1932-2006)

Tomado del libro de Salvador Elizondo: *El grafógrafo*, Editorial Vuelta, México, 1992.

FOTO: HERB RITTS

